

gustada... Pero esto indica que no se sospecha de nosotros, ¿no es verdad?

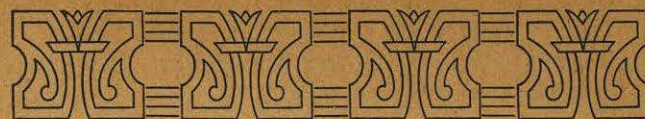
Los tres concluyeron por persuadirse mutuamente de que no corrían ningún peligro. Fuera, el tiempo estaba bueno, pero resolvieron no salir y pasar el día bebiendo para desechar los últimos vestigios de un tormento que en realidad no había durado mucho.

—Después de todo, si tu te fijas, Marcos,—dijo Juana con una cínica sonrisa—verás que somos buenos, cuando nos aguantamos después de no haber puesto las manos en la obra.

—Eso es verdad...—añadió Francisco, que no aspiraba más que á ahogar los supremos murmullos de su conciencia.

—Pequeños míos, os veo vueltos á la razón. Esto es bueno. En recompensa os prometo que si salimos sanos y salvos de la última formalidad del juez... ni visto ni conocido: yo os dejo...

A la mañana siguiente, un poco antes de las nueve, la policía hacía á la Mitrón abrir la puerta, y entraba bruscamente en casa de Aubryet á detener á este, á su mujer y á Marcos. Mientras se practicaban las diligencias de esa detención se hizo un registro en todas las habitaciones, y detrás de un diccionario se encontró el dinero robado. Darnot confesó plenamente, acusando á Juana de haberle indicado el crimen, y á Francisco de haberle ayudado á cometerle. Su propósito era el de perderlos con él.



EPILOGO

**Donde se vé que el
alma puede morir.**

ONCE años después de estos sucesos, Ignacio Salientés y su amada María hablaban en la intimidad, al lado de un gran fuego, en la semi-obscuridad de un crepúsculo de invierno, mientras los criados les llevaban las lámparas. Habitaban el segundo piso del hotel de Laura Montmelian, calle de Borgoña. Hacía nueve años que se habían casado y tenían dos hermosos hijos, un niño y una niña, á quienes la abuela, siempre extremada en sus sentimientos, echaba á perder con un verdadero frenesí. Ignacio era célebre. Aparte de lo que habían blanqueado sus cabellos, no había envejecido. Solamente sus ojos, dulces y burlescos, se habían vuelto más graves. María, siempre bella, llevaba sobre su cara apaciguada los signos de la experien-

cia y de la reflexión. Su voz era, á pesar de tantas pruebas sufridas, joven y apasionada.

En aquella hora melancólica y propicia á los recuerdos, pasaban revista á los seres que habían conocido y visto desgradarse ó desaparecer, á los personajes dramáticos ó cómicos de su medio sin fé y sin moral, del cual se ufanaba Ignacio de haber arrancado á María elevándola á la religión, despertando en ella el sentimiento irremplazable de lo divino. Esta luz fuerte y viva como la llama de la chimenea, desvanecía las sombras en torno de ellos y les facilitaba el exámen del pasado.

Juana había muerto, víctima del abuso de la morfina, en la prisión, pesarosa en su proceder y desesperada.

Francisco, indultado de su pena algunos meses antes había sido recogido por su padre, el viejo Felipe Aubryet, y estaba, según decían, desconocido, casi idiota. No hablaba y se pasaba los días mirando estampas, como los niños.

Darnot había sido muerto de un tiro de fusil por un centinela, á causa de haber fomentado una insubordinación de los presos.

Clotilde Aubryet había sucumbido dos años después del proceso de su hijo, de una enfermedad producida por la pena. Su hermana Enriqueta vivía desde entonces, robusta é inconsciente, en una casa de salud de los alrededores de París. Sin cesar se peinaba, se lavaba las manos y repetía con espanto el nombre de Darnot. La imágen terrorífica del bandido, no se apartaba jamás de su memoria.

Ürsneur había muerto; Mariana Froncín, casada de nuevo, le había sucedido en la inspección general de los almacenes, siempre florecientes, del «Nuevo París.»

Sofía Verneuil había emigrado á Hungría en compañía de un joven pianista. No había noticias de la pareja.

El duque de Fonteroy llevaba alegremente sus setenta y seis años, y administraba en el Medio-día sus inmensas propiedades.

Gustavo Charamol había sido ministro dos veces.

En tanto que Ignacio recordaba á estos diversos infortunados dedicándoles algunas palabras compasivas, María contemplaba las cortas llamas del fuego que se sucedían sin interrupción y cuyos reflejos danzaban en los muros, en los cuadros, en los espejos, viendo en ellos el símbolo de muchas existencias brillantes y ardientes, en seguida consumidas y convertidas en cenizas tibias. Su marido sorprendió en su mirada estos pensamientos, y añadió, cogiéndola una mano:

—¡Oh, si, la religión nos manda creer que el alma es inmortal! Sin embargo, yo he conocido seres, tu los conociste como yo, querida, que habían olvidado de tal modo á Dios y se habían entregado tanto á la materia, que ésta recubría sus almas hasta el punto de apagar su luz para los ojos humanos. Sin duda después de su muerte, por la dispersión de la carne, revivirían esas almas para sufrir, ó para brillar más altas. Pero en tanto aquellas gentes eran cadáveres ambulantes, autómatas movidos por un sólo instinto. Sobre esta tierra ya pertenecían al infierno, quiero decir, al tormento del deseo...

Se calló y permaneció en silencio durante algunos minutos, la frente baja, como quien sigue un pensamiento íntimo hasta sus últimas ramificaciones. El fuego alumbraba su hermoso rostro serio.

Después resumió sus consideraciones en esta forma, que le pareció ser la llave de infinitos destinos miserables:... «pues todo decae y se corrompe en una sociedad sin ideal.»

FIN

ÍNDICE

	Páginas
Dedicatoria	5
Prólogo	7
Capítulo I. Noche de fiesta	17
» II. Los placeres de la espera.	51
» III. A través del fuego	89
» IV. A través del fuego (continuación)	121
Capítulo V. Por debajo de la vida lujosa	141
» VI. Una mala pendiente	185
» VII. Un año después	229
» VIII. Era fatal	277
Epílogo Donde se vé que el alma puede morir	311

